

sus relaciones con el músico, hayan sido las que hayan querido, no tuvieron importancia ni para ella ni para mí. La única cosa importante es la que os he contado. Todo el drama estriba en la llegada de ese hombre á nuestra casa en los momentos en que nos hallábamos sumidos en la más lamentable de las confusiones, animados por ese mutuo rencor, de que ya os hablé, y en ocasión en que la más diminuta gota de agua bastaba para que desbordase el vaso. Las últimas disputas, que en los últimos tiempos habían sido tremendas, tenían como consecuencia chocante la de provocar en nosotros accesos de pasión bestial. Si ese hombre no se hubiese presentado en nuestra casa, cualquier otro habría sido el protagonista. Si mis celos no me hubiesen servido de pretexto, hubiera encontrado otro. Estoy íntimamente con-

vencido de que todos los hombres que llevan una vida conyugal como la mía, deben entregarse al libertinaje ó divorciarse, matarse ó matar á su mujer, que fué lo que hice yo. Aquel á quien esto sucede no es un ave rara. Mucho antes del desenlace estuve á punto de suicidarme, y más de una vez quiso envenenarse mi mujer.

XX

Para que podáis comprender bien lo que sucedió, es preciso que os cuente todos los detalles. Poco á poco iba siendo más tranquila nuestra vida, cuando he ahí que de pronto una noche se nos ocurrió hablar de la educación que había que dar á los hijos. No recuerdo las palabras que pronunciamos el uno y el otro; lo que únicamente sé, es que la disputa em-

pezó pasando la conversación de un asunto á otro, y que á los reproches sucedieron las recriminaciones. «Sí, siempre sucede lo mismo; la misma historia de siempre... has dicho... no yo he dicho... mientes... ¡qué! ¡que yo miento! ¿eh?» Se acercaba una crisis espantosa y se agrandó ésta, impulsándome al asesinato y al suicidio. La crisis estaba ahí, la temía como al fuego; quería contenerme y la cólera pudo más, arrastrándome. Mi mujer se hallaba en un estado idéntico ó peor aun, porque desnaturalizó todas las palabras y puso en ellas algo como veneno, arrastrando por el lodo y mancillando todo aquello para mí más querido. La crisis iba aumentando y adquiriendo intensidad. Grité: «¡Cállate!» ó cosa parecida, y mientras que ella, saliendo precipitadamente de la habitación en que nos hallábamos, entra como una loca en

la de nuestros hijos. Deseando decir la todo lo que empecé, quise contenerla y la cogí del brazo; la hice daño. «¡Hijos míos!—gritó.—¡Vuestro padre me está pegando». «¡Mientes!»—dije, y mi mujer, para que aumentase mi cólera, añadió:—«¡Y no es la primera vez!»—Los niños se agrupan á su alrededor y procura tranquilizarlos.—«¡No seas hipócrita!»—la dije.—«¡Todo es hipocresía para ti! Eres capaz de matar á una persona y de tener después valor para decir que aparenta estar muerta. Ahora comprendo qué es lo que quieres».—«¡Sí, quisiera reventarte como á un perro!»—grité. Recuerdo aún el terror que á mí mismo me inspiraron esas palabras. En mi vida había creído poderlas pronunciar tan tremendas. Aun estoy asombrado.

Me marché á mi cuarto y me puse á fumar, y vi que mi mujer se halla-

ba en la antecámara disponiéndose á salir.—«¿A dónde vas?»—la pregunté y no me contestó.—«¡Pues bien, que el demonio cargue conmigo!»—me dije, y volví á tenderme en el sofá de mi despacho, y seguí fumando. Se trastornó mi cabeza con el sin fin de planes que formé. ¿Cómo vengarme de ella? ¿Cómo deshacerme? ¿A qué medios apelar para hacer frente á las eventualidades? Sigo dando vueltas á estas ideas, ocurriéndome la de abandonarla, ocultarme, huir á América. Llegué hasta el extremo de pensar lo agradable que sería para mí verme libre de ella y tener á mi lado á otra mujer joven, hermosa, ¡nueva! Pero para obtener esa libertad necesitaba su muerte ó el divorcio. ¿Cómo llegar á conseguirlo? Comprendí que mis ideas se perturbaban, y para no darme cuenta de que mis pensamientos iban por mal camino, me puse á

fumar á más y mejor. El movimiento de la casa continuó, y al poco rato se me presentó el ama de llaves preguntándome en dónde estaba la señora ó cuándo volvería, y el criado para decirme si quería que sirviese el té. Me fuí al comedor, en el que hallé ya á los niños, y Lisa, la mayor, me dirigió interrogadoras miradas.

Mi mujer no volvía y pasaban las horas; llegó la noche y sin regresar. Dos fueron los sentimientos que se apoderaron de mi alma; el rencor que hacia ella sentía por el malísimo rato que nos estaba haciendo pasar á mis hijos y á mí con una ausencia que no tenía fundamento serio, puesto que tenía que volver, y el temor de que hubiese atentado contra su vida. Pero ¿á dónde iría á buscarla? ¿A casa de su hermana? Parecíame hasta estúpido el ir preguntando de puerta en puerta por mi mujer. ¡A la ventura

de Dios! Si necesita atormentar á alguien, que se atormente á sí misma. Pero ¿y si se hubiese ido á casa de su hermana? ¿Y si se hacía ó se había hecho daño? Dieron las once... luego las doce... la una, y yo sin poder dormir... Me voy á mi dormitorio... Figurábaseme que era tonto el esperar solo. No me estaba tampoco á gusto en mi despacho, y quise hacer algo, entretenerme, leer, escribir, y no lo conseguí. Allí, á solas, rabioso y sufriendo mil tormentos, rabié y escuché; ¡y ella sin volver! A eso del amanecer me quedé adormilado y luego me desperté, asegurándome de que no había vuelto aún, y en la casa todo empezaba á seguir la marcha de los demás días. Todos me miraban con aire interrogador y los niños como con reproche. Seguía yo estando muy inquieto, y esa inquietud contribuía á reavivar mi odio.

A eso de las once de la mañana se presentó su hermana, su embajadora, y entonces dió comienzo al empleo de esas frases de uso en casos tales: «Mi hermana se halla en un estado lamentable. Pero ¿qué ha pasado entre vosotros? ¿Qué significa esto? Pues si no vale la pena, etc., etc.» Describí su carácter insoportable, declarando que no era yo el culpable y que no estaba dispuesto á dar el primer paso, diciendo que si se quería divorciar que lo hiciese. Mi cuñada rechazó la idea y se marchó sin haber conseguido nada. Era yo á veces muy testarudo, y había declarado que no sería yo el que diese el primer paso. Apenas se marchó mi cuñada entré en el cuarto de los niños, á los que vi muy tristes. ¡Ah, entonces sí que hubiera yo dado ese primer paso, pero me lo impedía mi palabra? Iba y venía, pasando el rato en fumar; al

llegar la hora del almuerzo bebí el vino y aguardiente necesarios para llegar al estado que deseaba inconscientemente que deseaba, es decir, para no darme cuenta de la ignominia de mi situación. A cosa de las tres volvió mi mujer y pasó por delante de mí sin decirme ni una palabra. Creíala apaciguada y la dije que sus inmerecidos reproches me habían hecho salir de mis casillas. Me respondió con mucha frialdad, con rostro serio un tanto abatido, que no había vuelto para oír mis excusas sino para llevarse á sus hijos, puesto que no podíamos seguir viviendo juntos. Repliqué que no tenía yo la culpa, pues ella con su conducta me había enfurecido, y entonces con aire muy serio y solemne, me dijo: «¡Ten cuidado, no digas ni una palabra más porque te arrepentirás!» Contesté que aquella comedia debía de con-

cluirse de una vez, bastando con lo ocurrido hasta entonces, y respondiéndome algunas palabras que no entendí, me dejó solo, entrándose precipitadamente en su cuarto. Oí como rechinaba la llave en la cerradura; se había encerrado; llamé y no obtuve respuesta y me marché furioso. A la media hora de ocurrir esto, entró Lisa precipitamente en mi cuarto y llorando sin consuelo. «¿Qué es lo que pasa? ¿Ha ocurrido alguna cosa?»—«No se oye nada en la habitación de mamá...»—contestó. Nos fuimos juntos á ver lo que pasaba; empujé con fuerza la puerta, cuyo cerrojo resistió apenas, y quedó abierta de par en par. Me acerqué y vi que mi mujer estaba sin sentido y tendida en la cama en una posición incómoda, en enaguas y con los zapatos puestos. En la mesilla de noche había un vaso vacío con algunas gotas

de opio. Hicimos lo posible para que volviese en sí. Derramó un torrente de lágrimas y después vino la reconciliación; pero no fué franca, porque cada uno conservaba en el fondo del corazón un sentimiento de odio contra el otro; pero era necesario concluir, y nuestra vida siguió otra vez como antes.

Escenas semejantes, si no peores, se repetían todos los meses, mejor dicho, todas las semanas y á veces todos los días y siempre con los mismos incidentes; una vez marchéme dejándolo todo abandonado, y hasta llegué al extremo de pedir mi pasaporte para el extranjero, pero la debilidad de mi carácter me detuvo.

Aquí tenéis de qué naturaleza eran nuestras relaciones, cuando se presentó aquel hombre, que era un miserable que valía poco más ó menos lo que nosotros.

XXI

En cuanto llegó á Moscou aquel individuo, que se apellidaba Troukhatchevsky, nos hizo una visita. Era por la mañana y le recibí yo. En tiempos pasados nos habíamos tuteado, y empezó empleando el *vos* y el *tú*, pero con más frecuencia el último, mas como yo no me apartase del primero, hubo de comprender que no quería familiaridades. Desde el primer momento se me hizo antipático, comprendiendo que era un libertino desenfrenado, y tuve celos de él antes de que llegase á ver á mi mujer, mas ¡cosa extraña! una fuerza fatal, invencible, hizo que no le despidiese, sino que por el contrario, le admitiese en mi casa. Habríame costado muy poco trabajo cambiar con él unas pocas palabras, alejándole con mi reci-

bimiento frío y evitando el presentarlo á mi esposa; ¡pero no! le hablé de la música y del violín y me contestó que sentía mucho que se dijese que había dejado de tocar, porque lo hacía con más afición que nunca. Recordóme entonces que yo también tocaba en otros tiempos, y le respondí que hacía muchos días que había renunciado á la música, pero que en cambio mi mujer la tenía mucha afición.

Es preciso fijarse en el hecho de que, en ciertas fases importantes de nuestra existencia, aquellas en que se decide la suerte de un hombre, como se decidió la mía en semejante día, no hay ni pasado ni futuro. Mis relaciones con Troukhatchevsky fueron tales desde el primer momento, como habrían podido serlo después del acontecimiento. Tenía el presentimiento de que iba á ocurrir una gran

desgracia de la que él sería el causante; y á pesar de esto no pude por menos de mostrarme amable con él, y le presenté á mi mujer que se alegró desde el principio, pensando sin duda que en adelante ya tenía quien le acompañase al piano con el violín. Era tanto lo que esto le agradaba, que de buena gana habría tomado á sueldo á un violinista de la orquesta de un teatro. Después de fijar en mí sus miradas, comprendió mi pensamiento y disimuló sus impresiones. Entonces empezaron las mentiras mutuas. Sonreíme con mucha amabilidad, como aparentando que aquello me agradaba mucho.

Contempló á mi esposa como todos los vividores miran á las mujeres hermosas, y fingió que nuestra conversación, que maldito el interés que tenía para él, le agradaba mucho. Por

su parte, mi mujer quiso aparentar la mayor indiferencia, pero estaba excitada por la malignidad de la mirada del violinista y por la expresión celosa que yo quería ocultar, haciendo grandes esfuerzos, tras una sonrisa amable, pero que ella leía en mi rostro. Observé desde el primer momento que la mirada de mi mujer brillaba con un fulgor extraño y que mis celos provocaron en ellos no sé qué corriente eléctrica que comunicó á su sonrisa y á su mirada. En la primera entrevista se habló de París, de música, de mil cosas indiferentes. Luego se puso en pie con el sombrero en la cadera, pavoneándose y como esperando alguna cosa. Recuerdo perfectamente lo que pasó en aquellos momentos, tanto más cuanto que pude haber evitado que volviese. No tenía que hacer más que no invitarle y no habría pasado nada. Miré pri-

mero á mi mujer, luego á Troukhatchevsky, y pensé: «No ¡vayas á figurarte, hermosa, que voy á dispensarte el honor de tener celos!» Y le invité á que volviese aquella misma noche con su violín para acompañar al piano á mi mujer.

Esta me dirigió una mirada de sorpresa, poniéndose encendida, como dominada por un gran temor. Luego trató de excusarse, manifestando que no tocaba muy bien, y ese pretexto me excitó aún más. Recuerdo muy bien la sensación extraña que experimenté cuando le contemplé mientras se alejaba atravesando el salón con su pasito corto y de bailarín, con su cuello blanco que hacía resaltar su cabello negro que llevaba algo largo y rizado. No tengo para qué ocultar la presencia de aquel hombre era una tortura para mí. «Y no dependía de nadie más que de mí el hacer que no

volviese más; pero ¿tenerlo miedo? ¡Ah! ¡No por cierto! ¡Sería demasiado humillante!» Y al llegar al vestíbulo, sabiendo muy bien que mi mujer podía oírnos, le supliqué con muchas instancias que volviese aquella misma noche con el violín á fin de acompañar á mi mujer al piano; me lo prometió y se marchó.

Por la noche volvió, efectivamente, con el violín y tocaron, pero al principio el conjunto no resultó, porque no estaban al mismo diapasón y mi mujer no sabía bastante música para transportar á la primera ojeada. Como me gusta apasionadamente la música me interesó mucho todo aquello, les ayudé en lo que pude y así pudieron tocar algunos trozos de romanzas sin palabras y una sonata corta de Mozart. En cuanto á él hay que confesar que tocaba de una manera admirable, uniendo la suavidad

á una verdadera maestría, no habiendo dificultades para él. En cuanto cogía el violín parecía como que cambiaba su rostro de expresión, animándose y haciéndose más simpático. Indudablemente era mucho más entendido que mi mujer, á la que dió algunos consejos con acento sencillo y natural, al mismo tiempo que con una exquisita cortesía alababa su método. Mi mujer parecía entregada completamente al placer de la música, y su actitud era muy natural y encantadora.

En cuanto á mí, durante la velada no hice más que fingir, y caí en mi propio fingimiento aparentando que no me interesaba nada más que la música, cuando en realidad me torturaban los celos; pues desde el primer momento en que se cruzaron sus miradas, comprendí que no la contemplaba él como á una mujer de aspec-

to desagradable, con la cual repugna entablar íntimas relaciones. Si mi alma hubiese sido pura, no habría escudriñado sus pensamientos, pero como yo obraba del mismo modo con las mujeres, comprendí lo que le pasaba, y al comprenderlo sufrí de una manera horrorosa. Lo que me hacía sufrir más, era que yo tenía la seguridad de que mi mujer no tenía para mí más que un sentimiento de odio, interrumpido de vez en cuando por momentos de sensualidad. Aparte de esto, veía que aquel hombre debía serle agradable por sus modales elegantes, por la novedad, su innegable talento musical, la mayor intimidad que imponían aquellos dúos y la impresión que produce la música, el violín sobre todo, en las naturalezas sensibles. No solo le sería agradable, sino que además la debía subyugar sin ningún esfuerzo y hacer de ella

lo que quisiese. No era posible cerrar los ojos ante esa evidencia, ni dejar de comprenderlo así, sufriendo y experimentando las horribles torturas de los celos. Sí, estaba celoso y sufría de una manera tal, que no era posible encontrar palabras para decirlo. Y, sin embargo, quizás por esto, una fuerza invencible me obligaba á manifestarme cortés y hasta amable con aquel hombre. No sé si obraba yo de esta manera para dar á entender á mi esposa que no la temía ó para engañarme á mí mismo. Para ahogar los deseos que á veces experimentaba de matarle, me veía obligado á mostrarme muy atento con él. En la mesa le escanciaba el vino ó licor, me mostraba asombrado de su método para tocar el violín y le hablaba de la manera más amable del mundo; luego le convidaba para que volviese el domingo siguiente en el

que invitaría á algunos amigos más, que eran también aficionados, á fin de que le oyesen, y luego se despedía de nosotros.

A los dos ó tres días de ocurrir esto, volví á mi casa en compañía de un amigo con el que iba charlando, y al entrar en el vestíbulo, sin acertar á explicarme el por qué, sentí como un gran peso en el corazón, como si le hubiese caído encima una gran piedra. Algo, no sé qué, me recordó á Troukhatchevsky. Hasta que estuve en mi cuarto no supe de lo que se trataba, y volví al vestíbulo para ver si eran fundadas mis sospechas: sí, allí estaba su abrigo, no me había equivocado. Sin quererlo yo mismo, era un observador muy ladino en cuanto se refería con aquel hombre. Averigüé y supe que estaba allí; atravesé los cuartos de los niños y vi á Lisa que estaba hojeando un libro y

á la nodriza que acallaba al último recién nacido, al que tenía en brazos con un juguete cualquiera. En el salón oí unos arpegios muy lentos; hablaban en voz baja y ella contestaba con una negativa: «No, eso no», y añadió alguna cosa que no pude entender. La música me impidió oír lo demás... besos quizás, tocando con fuerza el piano. ¡Gran Dios! ¡Qué sentimientos y qué pensamientos se apoderaron de mí. No puedo recordar sin terror el huracán que se desencadenó en mí en aquellos momentos. Se me oprimió el corazón, dejó de latir y luego volvió á hacerlo con fuerza extraordinaria. El sentimiento que me dominaba, lo mismo que en todas horas de cólera, era el de una gran compasión hacia mí mismo: «En presencia de los criados,—me dije,—y en la de mis hijos me deshonra». Quería dar un escándalo y no veía en

dónde ponía los pies. La nodriza me miró lo mismo que si, comprendiendo lo que sucedía, quisiese aconsejarme que estuviese ojo avizor. Sin embargo, era necesario que entrase, y de una manera inconsciente abrí la puerta. Troukhatchevsky estaba sentado junto al piano y hacía arpeggios con sus largos dedos, y mi mujer en pie á un lado teniendo delante unos cuantos cuadernos de música. Fué la primera que me oyó ó vió entrar y me dirigió una mirada; ¿se quedó ó no sorprendida, ó aparentó que no lo estaba? Lo que sí es cierto, es que no se estremeció... enrojeció un poco, pero fué después.

—Celebro mucho que hayas venido, porque no sabemos lo que hemos de tocar el domingo,—me dijo con acento que no era el natural ni el que usaba en nuestras conversaciones á solas.

Ese acento y ese «hemos» me indignaron. Le saludé con mucha frialdad y me estrechó la mano de una manera que me pareció burlona, y en seguida me explicó que había llevado unas cuantas piezas de música á fin de ensayar para el domingo, pero que no estaban de acuerdo en la elección: ¿escogerían una sonata de Beethoven, alguna obra clásica y un tanto difícil ó bien alguna otra cosa de una ejecución mucho más fácil? Y al decir esto, la consultó con la mirada. Todo esto era tan natural, que no pude en realidad incomodarme. Lo veía, lo comprendí; sin embargo, aquello no era más que hipocresía y estaban de acuerdo en la manera de engañarme.

El tormento más grande que puede sufrir un celoso (¿y quién no tiene celos en este mundo?) nace de esas conveniencias sociales que, bajo pretextos

tos distintos, hacen que se acerque el uno al otro, un hombre y una mujer, estableciéndose entre ellos una intimidad peligrosa. Convertiríase uno en objeto de la irrisión de todos si tratase de oponerse á esas aproximaciones que producen los bailes, las visitas de los médicos á los enfermos, de los artistas entre sí, de los pintores y sobre todo de los músicos. Dos personas son aficionadas á la música, la más noble de todas las artes, se ponen de acuerdo para tocar juntos y esto exige naturalmente una intimidad que sólo parecerá vituperable á los ojos de un celoso estúpido. Un marido bien educado no puede ni debe tener esos pensamientos, y sobre todo, no tiene para qué mezclarse en esos asuntos. Y, no obstante, todo el mundo sabe que de ocupaciones de esa naturaleza, de la música sobre todo, es de las que nacen en nuestra

sociedad la mayor parte de los adulterios.

Mi silencio, que duró algunos minutos, les molestó indudablemente. Parecíame á una botella vuelta al revés, de la que el agua no se escapa porque está demasiado llena. Quería arrojarle al rostro una frase ofensiva, echarle de allí, más no hice nada; al contrario, me creí culpable por haberlos estorbado. Fingí que lo aprobaba todo, y ese sentimiento que me dominaba me llevó hasta el extremo de mostrarme muy amable con él, á pesar del martirio que me causaba su presencia. Le contesté que nadie mejor que él para elegir, y que mi mujer, si quería seguir mi consejo, obraría de la misma manera. Permaneció allí el tiempo necesario para borrar la mala impresión que causó mi llegada brusca y mi rostro trastornado. Marchóse luego muy satisfecho, al

parecer, con las decisiones tomadas para el día siguiente. En cuanto á mí, tenía la convicción de que todo lo que se refería á la música, estaba subordinado á otras preocupaciones que les atormentaban. Le acompañé hasta el vestíbulo dando muestras de gran cortesía—¿cómo es posible que se deje de acompañar á un hombre que se presenta en vuestra casa para turbar la paz de la familia y aniquilarla para siempre!—y estreché con afectuosa amabilidad su mano blanca y bien cuidada.

XXII

En el resto del día no dirigí la palabra á mi mujer; no pude hacerlo, y su permanencia á mi lado provocaba en mí un odio tal, que tenía miedo de mí mismo. En la mesa y en presencia de mis hijos me preguntó cuán-

do deseaba emprender el próximo viaje. Efectivamente, en la semana siguiente tenía que asistir á un Zemstvo ó asamblea general. La contesté y me preguntó qué era lo que necesitaba para el camino. No la contesté entonces ni una palabra, y en silencio me retiré á mi despacho. Por lo general, no acostumbraba á estar en éste, sobre todo á aquellas horas. De pronto oí que se acercaba alguien y reconocí su paso. Un pensamiento terrible, innoble, se apoderó de mi alma. «¿Iba á verme á aquellas horas para ocultar, como la mujer de Urías, una falta ya cometida? ¿Iría realmente á mi cuarto?» Y los pasos se acercaban cada vez más. «Pero si se presentaba, ¿tendría yo razón?»

Se apoderó de mí un sentimiento de odio; los pasos se iban acercando, se acercaban cada vez más. ¿Pasaría por allí para ir al salón? No. La puer-